

My Soul Proclaims the Greatness of the Lord...



On the feast of Our Lady of Guadalupe we celebrate Mary's own words in her great prayer, the Magnificat – "all generations will call me blessed" (Lk 1:48). When we venerate Mary, the Church comes together to praise God for what He has accomplished in his Mother & at the same time to imitate her as a model of faith & virtue. Mary, the Mother of Christ, shows us how to love God the Father, Son, and Holy Spirit. In her fiat, ("be it done to me according to thy word" (Lk 1:38)), Mary gives her consent to be the Mother of God. At the foot of the cross, she gives her consent to be our Mother-Teacher. She is then our best model for right relationship with

God. In our veneration of her, we are looking to Mary for her help & example.

Mary our Mother

We all need a mother's love. This love is found in a particular way in Mary, the mother of the universal church. Venerable Fulton Sheen once said, "Just as Christ was formed in her, so must we be formed in her. Only she who raised Christ can raise a Christian." This relationship of maternal care endures today in the heart of everyone who welcomes Mary as mother. In our prayer to Mary, the Hail Mary, we acknowledge & praise God for his work through Mary as Mother of the Redeemer ("Hail Mary, full of grace, the Lord is with you...").

Mary our Intercessor

Has someone ever asked you, "Please pray for me"? We find strength through the prayers of others. In praying to our Blessed Mother, we are doing just that – we are asking Mary to pray with and for us in her maternal role in heaven. Specifically, in the second part of the Hail Mary, we seek Mary's maternal intercession for ourselves, and the members of the Body of Christ the Church ("Holy Mary, Mother of God, pray for us sinners..."). In this prayer through our Blessed Mother, we trust that Mary presents our prayers to her Son on our behalf, asking for His divine love and mercy.

Mary our Model for Spiritual Growth

Mary, as queen of all saints, is the perfect role model of holiness, and faithfulness to God. Throughout her Magnificat she proclaims the greatness of God. Mary teaches us humble trust that God keeps His promises. He is with us in our brokenness, working to bring about His will in our lives. He is always ready to show us His mercy. Mary's prayer of praise is also a foreshadowing of the life of happiness that Jesus promises in living the Beatitudes. Speaking of Mary, Pope Francis says "she lived the Beatitudes of Jesus as none other...she teaches the way of holiness and walks ever at our side" (Rejoice and Be Glad, 176). Mary, as the first and best disciple, teaches us how to strive to grow in holiness through an intimate relationship with her Son.

My soul proclaims the greatness of the Lord;
my spirit rejoices in God my savior.
For he has looked with favor on his lowly
servant. From this day all generations will call me
blessed: the Almighty has done great things for me,
and holy is his name.
He has mercy on those who fear him
in every generation.
He has shown the strength of his arm,
He has scattered the proud in their conceit.
He has cast down the mighty from their thrones
and has lifted up the lowly.
He has filled the hungry with good things
and the rich he has sent away empty.
He has come to the help of his servant, Israel,
for he has remembered his promise of mercy
the promise he made to our fathers,
to Abraham and his children forever.
Liturgy of the Hours, Luke 1:46-55

On this feast day, may we proclaim the greatness of the Lord as we embrace our blessed mother and walk with her, under her mantle, towards Christ.



Me alma proclama la grandeza del Señor...



En esta fiesta de nuestra Señora de Guadalupe se celebran las palabras de María en su gran oración del Magnificat – “todas las generaciones me llaman bienaventurada” (LC 1:48). Cuando veneramos a María, la iglesia se une en alabanzas a Dios por lo que ha logrado en su madre y a la vez a imitarla como modelo de fe y virtud. María, la madre de Cristo, nos enseña a amar a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. En su fiat, el sí de María a Dios (“hágase en mí según tu palabra” (LC 1:38)), María da su consentimiento para ser la madre de Dios. A los pies de la Cruz, ella da su consentimiento para ser nuestra madre maestra. Ella es nuestro mejor modelo para como correctamente relacionarnos con Dios. En nuestra veneración de ella, estamos

buscando en María su ayuda y ejemplo.

María nuestra madre

Todos necesitamos el amor de una madre. Este amor se encuentra de manera especial en María, la madre de la Iglesia universal. Venerable Fulton Sheen dijo en una ocasión, “así como Cristo fue formado en ella, así debemos nosotros también ser formados en ella. Sólo ella quien crió a Cristo puede criar a un cristiano.” Esta relación de cuidado materno hoy perdura en el corazón de todo aquel que acoge a María como madre. En nuestra oración a María, el Ave María, reconocemos y alabamos a Dios por su trabajo a través de María como madre del Redentor (“Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...”).

María nuestra intercesora

¿Alguna vez le han preguntado, “por favor ore por mí”? Encontramos fortaleza a través de las oraciones de los demás. En oración a nuestra madre Santísima, estamos haciendo justamente eso – le estamos pidiendo a María que ore por y con nosotros en su papel materno en el cielo. Específicamente, en la segunda parte del Ave María, buscamos la intercesión materna de María por nosotros y por todos los miembros del cuerpo de Cristo la iglesia (“Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores...”). En esta oración a través de nuestra madre Santísima, confiamos en que María presenta nuestras oraciones a su hijo en nuestro nombre, pidiendo su divino amor y misericordia.

María nuestro modelo de crecimiento espiritual

Todos los Santos dan alabanza a Dios a través de sus vidas. María, como reina de todos los Santos, es el modelo perfecto de santidad y fidelidad a Dios. A lo largo de su Magnificat ella proclama la grandeza de Dios. María nos enseña como tener la plena y humilde confianza que Dios cumple sus promesas. Él está con nosotros en nuestro quebrantamiento, trabajando para que se cumpla su voluntad en nuestras vidas. Él siempre está listo para mostrarnos su misericordia. El cantico de María prefigura la vida de felicidad que Jesús promete al vivir las Bienaventuranzas. Hablando de María, el Papa Francisco dice “vivió las Bienaventuranzas de Jesús como ningún otro... ella enseña el camino de la santidad y camina siempre a nuestro lado” (Alegraos y regocijaos, 176). María, como la primera y mejor discípula, nos enseña cómo esforzarnos para crecer en santidad a través de una relación íntima con su Hijo.

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia como lo había prometido a nuestros padres- en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.
Liturgia de las Horas, Lucas 1:46-55

En este día de fiesta, que proclamemos la grandeza del Señor al abrazar a nuestra santa madre María y caminar con ella, bajo su manto, hacia Cristo.

